
La PROPUESTA del MULTIMILLONARIO
UN ROMANCE MATRIMONIAL FALSO
GINA SEE

La propuesta del multimillonario

Gina See

Índice

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
Muéstranos tu amor
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
Muéstranos tu amor

Sinopsis



NUESTRO CONTRATO ERA simple: un matrimonio falso, una oferta de trabajo, protección de su ex. Sin emociones. Sin ataduras. Y nada de cruzar la línea. Pero con Eden Siu, la irresistible mejor amiga de mi hermana, nada es sencillo por mucho tiempo.

Eden está fuera de todos los límites posibles: quince años demasiado joven, ambiciosa y ardiente como el aliento de un dragón. Lleva ocho años deseándome en silencio, pero soy el último hombre que debería tocarla. Se lo merece todo: amor, deseo, una vida libre de los escombros de mi pasado. Pero en el momento en que se convierte en mi esposa, aunque sólo sea de nombre, la atracción entre nosotros se vuelve imposible de ignorar.

Su ex prometido regresa decidido a recuperarla. Pero no dejaré que eso ocurra. Se supone que debo protegerla, no quererla para mí. Sin embargo, cada mirada, cada caricia, me tientan a cruzar esa línea y romper todas las reglas que hemos establecido.

Este contrato estaba destinado a protegernos, pero ahora es una mecha encendida, un fuego que desgarra todos los muros que hemos construido.

Cuanto más tiempo pasamos juntos, más difícil me resulta recordar dónde acaba nuestro acuerdo y dónde empiezan mis sentimientos. ¿Puede perdonar el pasado y resistir al persistente ex que intenta reconquistarla? ¿Podré curar mis heridas antes de alejarla definitivamente? ¿O estallará la línea entre lo falso y lo real, dejándonos enredados en algo mucho más incontrolable de lo que ninguno de los dos imaginaba?

Ya no se trata sólo de protección, sino de una pasión que lo consume todo, y estoy dispuesta a romper las reglas y reescribirlas en llamas.

Copyright © 2024 by Gina See
All rights reserved.
No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Capítulo 1



Graham

—CÁSATE CONMIGO.

Los ojos de Eden se abren de par en par, sus cejas se levantan conmocionadas y su cuerpo se tensa. Me mira fijamente, sin habla, como si el suelo se hubiera movido bajo sus pies. Está claro que no se lo esperaba y, sinceramente, yo tampoco... al menos, no así.

Pero mientras las palabras flotan en el aire, me doy cuenta de que son exactamente lo que quiero. ¿Y por qué no? Si tienes los medios, ¿por qué no matar tres pájaros de un tiro?

—Yo no..... —se interrumpe, parpadeando dos veces. —No entiendo lo que quieres decir. ¿Casarme contigo? Ruby mencionó algo sobre un trabajo.

Asiento con la cabeza, manteniendo un tono uniforme. —Lo sé. Pero también me ha hablado de tu ex prometido. Supongo que no estás precisamente encantada con él, —añado, dando un sorbo lento a mi bebida y observándola atentamente.

Su ceño se frunce, un destello de confusión pasa por sus ojos mientras procesa mis palabras. Me inclino hacia delante, insistiendo. —Casarte conmigo podría ayudarte a solucionar ese problema.

Eden entreabre los labios, pero no dice nada. Todavía está asimilando lo absurdo de mi oferta, la conmoción que se cierne sobre nosotros.

El suave ambiente del bar, unido a su exclusividad, es la única razón por la que no estoy escudriñando la sala en busca de paparazzi disfrazados de comensales.

Eden exhala en silencio y su rostro se ensombrece momentáneamente con una tristeza que me oprime el corazón. Pero con la misma rapidez, su expresión cambia y veo un destello de ira que se apodera de ella, sus ojos se entrecierran mientras lo asimila todo. —Ya lo creo, —dice con voz tensa. —Pero no veo qué relación tiene con lo que me ofreces.

Me inclino hacia delante y la contemplo, cautivado por los suaves destellos marrones que bailan en sus ojos y por cómo su abundante pelo negro cae en cascada alrededor de su rostro. Es preciosa, mucho más de lo que nunca me había permitido reconocer. Eden Siu, la mejor amiga de mi hermana pequeña. La mujer a la que he mantenido a distancia durante años, ignorando en silencio la atracción que siempre ha ejercido sobre mí.

La primera vez que la vi, me pareció una chica tímida con un potencial sin explotar, si tan sólo pudiera salir de su caparazón. Pero ahora, sentada frente a mí, se ha transformado en una mujer despampanante con un atractivo discreto que atrae la atención sin esfuerzo, aunque ella sigue siendo felizmente inconsciente del poder que ostenta. Es esa confianza silenciosa, ese magnetismo sutil, lo que atrae a la gente, yo incluido.

—Te ofrezco tres cosas, Eden, —murmuro, levantando tres dedos mientras le sostengo la mirada. —Primero, he revisado tu currículum y es impresionante. Estoy dispuesto a ofrecerte un puesto como arquitecta junior en mi empresa. Segundo y tercero: necesito una esposa y, a cambio, te ayudaré a vengarte de tu ex.

Observo un destello de interés en sus ojos, un atisbo de intriga. Pero la incertidumbre persiste en los bordes, la vacilación evidente en cómo se muerde el labio, todavía luchando con lo ridículo de mi propuesta. Está intrigada, pero no convencida del todo. Todavía no.

—¿Por qué necesitas una esposa?, —pregunta, arqueando la ceja con curiosidad. —¿Y cómo me ayudará el matrimonio a vengarme?.

Bebo otro sorbo de whisky, saboreando su suave sabor mientras baja por mi garganta y el calor se extiende por mi pecho. —Lo primero es algo de lo que no tienes que preocuparte. En cuanto a lo segundo, he investigado a tu ex. Es un tonto pomposo con un ego que necesita desinflarse.

Me inclino hacia delante y clavo mis ojos en los suyos. —Un matrimonio público conmigo le pondría los pelos de punta, saldría en los titulares y le dejaría humillado. Es una venganza servida en bandeja de plata.

Los hombres así se derriban fácilmente.

—Si quieres tu libra de carne, te la serviré como me pidas.

Tensa la comisura de sus labios entre los dientes y un escalofrío de algo pesado y embriagador me recorre la espina dorsal. Lo hago a un lado, recordándome a mí mismo que esto es sólo un acuerdo de negocios. Nada más. Tiene que serlo.

—¿Cuánto tiempo?, —pregunta con voz firme, pero sus ojos buscan los míos.

—Dos años, —respondo rápidamente, con un tono firme, como si ya hubiera calculado todos los resultados posibles.

—¿Y no me vas a decir por qué quieres casarte?, —insiste ella, con un deje de frustración en la voz, con el ceño fruncido mientras intenta atar cabos.

Hago una pausa, mirándola a los ojos, sabiendo que se merece algo más que respuestas vagas, pero sin querer desvelarlo todo todavía.

—Yo no cuestionaría tus métodos de venganza, —digo, con voz baja y mesurada. —Y tienes mi palabra por escrito de que mantendrás tu trabajo incluso después de que se disuelva el matrimonio.

Los ojos de Eden se entrecierran mientras me mira, pensativa y calculadora. Hay una intensidad silenciosa en su expresión, que me dice que está sopesando cada una de mis palabras. Esbozo una leve sonrisa, impresionada por su actitud cautelosa y estratégica. Ruby no exageraba; Eden es tan lista como se dice.

—Bien, —finalmente se encoge de hombros, la tensión se rompe mientras extiende su mano.

—Trato hecho.

La sencillez de su aceptación me produce una extraña emoción, pero la reprimo. Esto son negocios. Nada más.

Le cojo la mano y siento la suavidad de su piel contra la mía, un marcado contraste con la gravedad de nuestro acuerdo. —Estoy encantado, señorita Siu, —le digo, con voz firme mientras intento contener mis emociones.

—Entonces, —se acomoda, —¿cómo va a ser? El matrimonio, quiero decir. Sé que es una cuestión de conveniencia, pero me gustaría entender los términos para no romper inadvertidamente ninguna regla..

No había pensado en ello antes, pero su pregunta aporta una nueva capa de complejidad a la situación.

—Será un matrimonio sólo de nombre, —digo, enumerando lo que se me ocurre. —Tendrás que acompañarme a ciertos eventos para mantener las apariencias. Nuestro matrimonio será de dominio público. Así que puede que seas el centro de atención más a menudo, pero eso es todo. Eres libre de seguir viviendo tu vida como siempre.

Hago una pausa, me tomo un momento para evaluar su reacción y siento una mezcla de alivio y aprensión. El acuerdo me parece bien, pero no puedo evitar la sensación de que hay algo más de lo que parece.

Repasamos los demás términos del contrato matrimonial, haciendo los ajustes necesarios. —Mi abogado te enviará una copia del contrato, —le digo, tratando de mantener el tono práctico y centrado. —Cuando lo firmes, podremos seguir adelante con el plan. ¿Quieres una gran boda? —pregunto mientras los detalles empiezan a venir a mi mente.

Eden se muerde el labio inferior, su mirada se desvía momentáneamente antes de volver a encontrarse con la mía. Su expresión es cuidadosamente neutra, pero percibo un deje de resignación en su voz cuando responde: —No, una gran boda sería un desperdicio. Nos divorciaremos dentro de dos años y puede que quiera volver a casarme. Una ceremonia civil me parece bien.

Sus palabras, aunque prácticas, tienen un trasfondo de algo más profundo, tal vez una pizca de nostalgia. Está claro que se conforma con lo que es necesario y no con lo que podría haber esperado.

Asiento en señal de comprensión, con la mente ya procesando los siguientes pasos. —Tomo nota, —digo, con voz firme pero teñida de una pizca de pesar por la situación poco perfecta que hemos acordado.

Recojo mis cosas y me levanto, sintiendo el peso de nuestra decisión. —La veré, señorita Siu, —le digo, intentando ofrecerle una sonrisa tranquilizadora.

Me mira con una suave sonrisa. —Supongo que sí, —responde, pero su tono deja entrever un atisbo de tristeza bajo su serena apariencia. Es un pequeño momento, pero perdura entre nosotros, insinuando la complejidad de lo que está por venir.

—¿No te vas? —pregunto, enarcando una ceja mientras ella permanece sentada, aparentemente imperturbable por la conclusión de nuestra discusión.

Eden me mira con una sonrisa juguetona. —No. No todos los días puedo disfrutar de una comida aquí. Además, me he saltado el almuerzo, así que lo estoy aprovechando.

Su descarada respuesta me hace soltar una risita y no puedo evitar admirar su habilidad para cambiar de humor sin esfuerzo. Me encojo de hombros con una sonrisa, sintiendo una mezcla de diversión y admiración a regañadientes. —De acuerdo. Pide lo que quieras. La cuenta está abierta.

Ella asiente con la cabeza y sonríe, sus ojos brillan con genuino aprecio mientras me dirijo a la salida. Sacudo la cabeza con divertida incredulidad, sin poder reprimir una sonrisa mientras me marcho.



Esa misma noche, Ruby entra en mi casa con una botella de vino en la mano.

—He tenido noticias de Eden, —dice sonriendo mientras pasa a mi lado. Cierro la puerta tras ella, intrigado por su repentina llegada. —Y pensé en pasarme con esta pequeña muestra de gratitud.

Se deja caer en el sofá y me mira con curiosidad y picardía. —Así que dijo algo de una proposición de matrimonio. ¿Quieres casarte? ¿Por qué?.

Le quito la botella, la dejo en la mesita y me siento en el sofá negro de piel italiana de plena flor que hay a su lado. —Por necesidad.

Ruby levanta una ceja y sonríe. —Ah, la necesidad, la mejor amiga del romántico. Sabes que no cuestiono tus decisiones, pero esto fue algo inesperado y Eden es mi mejor amiga. Así que merezco una respuesta.

Ruby se inclina hacia delante, sus ojos se entrecierran con intensidad. —Entonces, ¿te gusta o qué?.

Frunzo el ceño. —¿Por qué lo preguntas?.

Levanta las manos con exagerada incredulidad. —No sé. No siempre entiendo por qué haces lo que haces, pero eso forma parte de tu encanto. Mira, prometo no juzgarte si tienes sentimientos. Será un poco chocante, ya que siempre te he considerado el Grinch del romanticismo, pero oye, lo entenderé.

Se ríe entre dientes, su tono juguetón deja claro que está bromeando, pero su curiosidad es genuina.

Riendo, lo explico sin rodeos. —Los medios de comunicación son una parte importante. Necesito una esposa que maneje la presión mediática y los mantenga a raya por ahora. Y Eden necesita una forma de superar lo de su ex. Es un acuerdo mutuamente beneficioso.

Ruby suspira. —Deja que se te ocurra algo así.

—No voy a entrometerme en tus planes post-divorcio, —dice Ruby, levantándose del sofá con una floritura dramática. —Ese es tu circo, no el mío. Pero permíteme que te diga algo muy sabio: será mejor que trates bien a Eden. Es mi única amiga y no me gustaría perderla porque tú le hicieras daño.

Asiento imperceptiblemente y ella chasquea la lengua. —Voy a por vasos para el vino que he traído. Necesito un trago para procesar el hecho de que quizá tengas corazón bajo ese exterior tan duro.

Mientras se aleja, me apoyo en el reposacabezas, cierro los ojos y suelto un suspiro cansado.

La genuina preocupación de Ruby no hace sino reforzar mi decisión de mantener un perfil bajo después de que Eden y yo nos casemos. Ignoraré la sutil chispa que sentí en el bar a pesar de lo tentador que resulta imaginarme rompiendo las reglas.

Mis heridas emocionales son profundas, y la idea de seguir engañando a Eden cuando sé que no puedo ofrecerle el amor que realmente se merece me resulta insoportable. Lo último que quiero es convertirme en la fuente de decepción y angustia de alguien a quien aprecio profundamente.

Capítulo 2



Edén

EMPIEZO A PENSAR QUE cometí un error.

No esperaba que Graham se enamorara de mí de repente. Llevaba enamorada de él desde que tenía dieciocho años y él treinta y tres, un enamoramiento que una vez había sentido como un sueño lejano e inalcanzable. Era el tipo de hombre que un día apareció en mi vida, el hermano mayor de mi mejor amiga, y que conmovió mi joven corazón de una forma de la que pensé que nunca me libraría del todo.

Pasaron los años; salí con otros hombres, tuve enamoramientos fugaces y casi me convencí de que había encontrado a mi verdadero amor.

Pero luego vuelve.

Aparentemente inalterado por los ocho años transcurridos, seguía teniendo el mismo magnetismo que me había atraído hacía tantos años. Su forma de moverse, la seguridad de sus pasos, la agudeza de su mirada... era como si el tiempo se hubiera detenido para él, mientras que yo había cambiado de una forma que no podía expresar.

—¿Dónde he puesto las llaves? —murmuro, rebuscando en mi bolso. Me deshago del contenido, rebusco entre el revoltijo hasta que por fin las localizo metidas entre unos cuantos objetos perdidos.

¿En qué estaba pensando?

Ah, sí.

Creo que cometí un error al decirle que sí. Ha pasado un mes desde que nos casamos, pero Graham y yo bien podríamos ser extraños compartiendo un espacio. Casi nunca está en casa, y cuando lo está, siempre es pasada la medianoche.

Nuestras mañanas se reducen a breves saludos entre dientes antes de separarnos. Da la sensación de que evita activamente la conversación.

Lo cual, para ser honesto, realmente apesta.

—Bueno, —murmuro mientras salgo de mi habitación y cierro la puerta tras de mí. He decidido que, si así lo prefiere, respetaré sus deseos.

Bajo las escaleras a toda prisa y me detengo en la cocina para coger una manzana del frutero y trufas de chocolate de la nevera. El cocinero hizo la cena anoche, pero le dije que no hacía falta desayunar porque nunca tenía tiempo para comer.

—Edén.

Estoy a punto de llegar a la puerta cuando me paro y me doy la vuelta para ver a Graham saliendo de su estudio. Está muy elegante con su traje a medida y el pelo perfectamente peinado, como siempre.

—Hola, —digo con un poco de confusión.

—¿Vas a trabajar? —Pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Bien. Iremos juntos.

Una pequeña arruga se forma entre mis cejas mientras reflexiono sobre sus palabras. —¿Ir juntos? ¿Te refieres a compartir el mismo coche?.

Graham asiente. —Sí. ¿Tienes algún problema con eso?.

Me burlo ligeramente. ¿Por dónde empiezo? "No hemos montado juntos desde que nos casamos, y apenas te veo por las mañanas antes de que te vayas a trabajar. ¿Qué ha cambiado hoy?.

Se encoge de hombros y se acerca a mí. Desde donde estoy, capto el rico aroma de su colonia, una tentadora mezcla de chocolate negro y cítricos picantes. Inhalo profundamente y dejo volar mi imaginación hacia todas las tentadoras posibilidades que inspira el afrodisíaco chocolate negro.

Abro los ojos y lo veo muy cerca de mí.

—He estado ocupado con un proyecto importante, —explica con su profunda voz de barítono. —Pero tenemos que mantener las apariencias, así que hoy vendrás conmigo. He dispuesto un coche más cómodo, pero puedes elegir el que prefieras.

Oírle mencionar que está ocupado, como si yo no mereciera una explicación hasta ahora, hace que una chispa de fastidio se instale incómoda en mi pecho.

Levanto la mano, mostrándole deliberadamente el anillo que llevo en el dedo con un toque de mezquindad. —Dudo que a nadie le cueste darse cuenta de que estoy casada. Y aunque me encantaría aceptar tu oferta, —parpadeo y sonrío dulcemente, —tengo que estar en otro sitio.

Graham se tensa un momento, como si fuera a discutir, pero luego se deja llevar. —De acuerdo. Que tengas un buen día.

Luego pasa a mi lado, abre la puerta y se va.

—¿Eso es todo? —murmuro con incredulidad. —Podía haberme preguntado adónde iba, ofrecerse a dejarme o incluso sugerirme que me esperara para seguir guardando las apariencias.

Suspiro.

Reprimo mis nervios y salgo de casa. Es lo que quería, y no me quejaré de su actitud cuando, para empezar, nunca me prometió nada.

Somos compañeros de piso, dos personas que viven bajo el mismo techo, nada más.



De camino a la oficina, recibo un mensaje sorpresa de mi ex prometido, Charlie.

—Encontrémonos en mi oficina. Tengo algunas cosas tuyas que necesito devolver.

Pongo los ojos en blanco, burlona.

¿Su oficina? Lo desea.

Después de cancelar el compromiso, me dije a mí misma que no quería volver a tener nada que ver con él. Para mí, el día que le devolví el anillo fue el día en que murió. O desapareció de la faz de la tierra.

—¿Quieres que lo deje en tu casa?, —vuelve a escribir cuando no respondo. Le sigue otro mensaje. —Sé que lees mis mensajes, Eden. No seas infantil.

¿"Infantil"? Me burlo.

Lo dice el hombre que justifica su infidelidad echando la culpa a la dedicación de su prometida a su trabajo mientras se pasa el día en brazos de otras mujeres. Y él más que nadie debería saber lo exigente que era el trabajo de ella, dado que trabajaba para su empresa.

Cuando mi teléfono vuelve a sonar, me aparco en el arcén y tecleo rápidamente una respuesta. Si quiere quedar, será bajo mis condiciones. No pienso volver al SoMa y someterme a esa humillación una vez más.

Para darle a Charlie un poco de su propia medicina, entro en la cafetería una hora después de que su mensaje dijera que había llegado. Lo veo desde el otro lado de la sala: su pelo rubio desordenado, su aspecto juvenil y la misma arrogancia que una vez me encantó. Entonces pensaba que era alguien con quien podía ser yo misma.

Qué mentira.

—Llegas tarde, —me suelta mientras tomo asiento.

Me encojo de hombros. —Sí. Tenía cosas más importantes que hacer. Si me hubieras llamado, digamos, ayer, podría haber hecho tiempo para ti. Entonces, —frunzo los labios, —¿qué pasa? ¿Qué quieres devolver?.

Charlie se burla. —¿En serio? ¿Ya está? ¿Actúas distante? ¿Como si no te importara?.

—¿Importarme qué? —Frunzo el ceño, juntando las cejas. —Mencionaste que tenías algo mío para devolver. ¿Dónde está? Tengo poco tiempo y necesito volver a la oficina.

Sus labios se curvan en una sonrisa desdeñosa, y el encanto juvenil que una vez tuvo desaparece, sustituido por algo siniestro. —Me he enterado de tu trabajo y de que estás casada, —se burla. —Dime, ¿cómo es estar casada con un hombre lo bastante mayor como para ser tu padre? ¿Hace que te pongas encima todas las noches porque está demasiado cansado para hacer el trabajo?.

Me enfado, pero me niego a dejar que Charlie vea que ha tocado un nervio. En lugar de eso, le dirijo una sonrisa dulzona y enfermiza, con el corazón desbocado por el desafío. —Sólo tiene quince años más que yo, Charlie. Pero, ¿sabes qué? Suelto una carcajada suave, casi burlona. —Es mejor hombre, tanto en la cama como fuera de ella, de lo que tú nunca fuiste. No sé por qué te aguanté cuando podía hacerlo mucho mejor.

Cuando las palabras salen de mis labios, siento que me invade una oleada de empoderamiento. No es sólo una réplica, es una reivindicación de mi valía. En mi interior, lucho contra un torbellino de emociones: dolor, rabia y la emoción de mantenerme firme. Sé que soy mejor que este momento, mejor que el pasado que compartimos. Y con cada palabra, siento que afianzo aún más esa verdad.

Cuando sus labios se crispan y su ego flaquea, me río. —He tocado un nervio sensible, ¿verdad? pregunto, sacudiendo la cabeza. —Pobre de ti. Ver a tu ex prometida en los periódicos, sólo para descubrir que sólo estaba soportando tus defectos. Tu empresa en quiebra y tus

aventuras amorosas.

Siento que está a punto de explotar, y cuando por fin lo hace, no me inmuto. Estar en público refuerza mi confianza; aquí no se atrevería a ponerme un dedo encima. Y si lo hiciera, desataría mi furia, respaldada por la influencia que ahora ejerce mi apellido.

—Yo te hice, —se burla Charlie, sus dientes brillando en una sonrisa depredadora. —Antes de mí, no eras nada. Te di un trabajo, te compré un anillo. Debería haberte dejado pudrir, cazafortunas.

Oigo el agudo chasquido de mi palma contra su mejilla antes incluso de darme cuenta de que acabo de abofetearle, aún sentado. El sonido resuena a nuestro alrededor, agudo y satisfactorio.

Se lo merecía.

Cada gramo de esa bofetada es una liberación, una recuperación de mi poder. Mi corazón se acelera, alimentado por una mezcla de adrenalina y triunfo. En ese momento, no solo me estoy defendiendo, sino que estoy rompiendo cualquier vínculo con un pasado que ya no me define.

—No te atrevas, —amenazo, con voz firme a pesar de las miradas curiosas de las mesas cercanas. —No te atrevas a llamarme cazafortunas. Y si esperas gratitud, que sepas que pagué con creces cuando mentiste sobre tus viajes de negocios para justificar que te enrollaras con otras mujeres. —Mis palabras flotan en el aire, nítidas e inflexibles, una declaración de mi nueva fuerza.

—Fue culpa tuya, —intenta reprocharme, pero su voz sale como un tímido susurro, la marca roja llameante en su mejilla es un testimonio de mi determinación. —Si no hubieras sido tan...

—¿Mis cosas? —Extiendo mi mano, mi voz firme e inquebrantable. —Me cansé de escucharte. Me callé cuando me culpaste, mentiste a nuestros amigos y me despediste después. Así que no digas ni una palabra más, o me veré obligada a involucrar a mi marido.

Charlie frunce el ceño, se mete la mano en el bolsillo, saca un anillo y lo deja caer sobre la mesa con gran estrépito.

Miro el anillo momentáneamente, desconcertada. —¿El anillo que te devolví? ¿Por qué demonios crees que lo necesito?.

Se encoge de hombros, con una fingida despreocupación que oculta su malestar. —Es tuyo.

—No, —niego con la cabeza, con voz firme y firme mientras sostengo el anillo en mi dedo. —Este es mío. También es más grande y mejor. —No puedo evitar sonreír ligeramente, sintiendo una oleada de empoderamiento. —Creo que querías que fuera a tu despacho para humillarme aún más, Charlie. Menos mal que no soy la mujer con la que saliste. Ahora soy más lista, y ahora que lo sabes, estoy segura de que serás lo bastante prudente como para alejarte de mí.

Mientras hablo, siento que me invade una oleada de confianza que hace a un lado cualquier duda persistente. Vuelvo a tomar las riendas de mi historia, y esa emoción me enciende por dentro.

Echo la silla hacia atrás y me pongo de pie, con la mirada clavada en él con una determinación inquebrantable. —Diría que te deseo lo mejor, pero ni siquiera el infierno satisfaría el odio que siento por ti. Adiós.

Cuando me doy la vuelta para marcharme, las miradas de los clientes de la cafetería no hacen más que reforzar mi determinación, avivando mi fuego y ayudándome a mantener la cabeza alta. Me arrepiento de haber malgastado años en una relación que nunca mereció la pena, pero me recuerdo a mí misma que ya se ha acabado.

El peso de las dudas del pasado empieza a disiparse, sustituido por una nueva fuerza. No dejaré que nadie, ni siquiera Graham Sterling, me haga sentir que no valgo la pena.

Capítulo 3



Graham

—ESTARÉ OCUPADO ESTE FIN de semana, Ruby, —le digo a mi hermana por teléfono mientras entro en mi despacho, asintiendo con la cabeza al saludo de mi secretaria.

Dice algo al otro lado y suspiro. —Puedes verla sin que yo esté cerca. Es tu mejor amiga.

—No, —respondo a su pregunta mientras me siento, —no la trato como a una invitada. Es mi mujer. Tengo que irme, Ruby, —la corto. —Luego hablamos.

Termino la llamada y dejo caer el teléfono sobre mi escritorio, suspirando de nuevo. No me importa que Ruby venga o cene con nosotros, pero mi hermana pequeña tiene el don de olfatear las mentiras a kilómetros de distancia.

Por mucho que intente ocultarle mis sentimientos por Eden -a ella e incluso a mí mismo-, basta una cena para que Ruby vea la verdad. La verdad de que, incluso en los breves momentos que compartimos, me siento irresistiblemente atraído por Eden; cada encuentro me arrastra más profundamente a un torbellino de emociones al que no estoy preparado para enfrentarme.

James, mi secretario, llama a la puerta antes de entrar.

—Sr. Sterling, su reunión con el vicepresidente y jefe de operaciones es en veinte minutos.

—Gracias, James, —le digo, y él hace una cortés reverencia antes de marcharse. Aparto a Ruby de mis pensamientos, me quito la chaqueta del traje, cojo el archivo que James me dejó ayer sobre la propuesta que hay que discutir y salgo de mi despacho.

Al acercarme a la sala de conferencias, oigo una conversación a través de las paredes de cristal que capta mi atención al instante.

—...es la arquitecta junior, —dice Bryan, mi vicepresidente, lo suficientemente alto como para que su voz penetre. —Eden Sterling.

La mención de su nombre me produce una sacudida que enciende un remolino de emociones

contradictorias. Es como si todos mis instintos protectores se pusieran en marcha y me obligaran a escuchar.

—Está casada con el jefe, ¿no?, —responde el jefe de operaciones, y siento una inesperada oleada de posesividad dentro de mí.

No soy de las que escuchan a escondidas las conversaciones de los demás, pero la mención del nombre de Edén es como un imán que me atrae hacia la puerta cerrada.

—Sí, —responde Bryan, —¿pero crees que están enamorados? Ella es un rayo de sol y él es... bueno, es un nublado perpetuo. Quiero decir, no te ofendas, pero no son el uno para el otro en absoluto. ¿No te sorprendió que se casara?.

La ira estalla en mi pecho, aguda e instantánea. Aprieto los puños mientras escucho a Bryan diseccionar despreocupadamente mi matrimonio como si fuera un tema de cotilleo. La posesividad que he tratado de mantener oculta sale a la superficie y necesito todo mi aguante para no irrumpir y borrarle la petulancia de la cara.

El otro hombre se ríe. —Lo estaba. Sobre todo después del rumor que corrió el año pasado. Naturalmente asumí que estaba obsesionado con el trabajo y nunca se preocupó por el romance.

—Podría invitarla a salir.

Mi expresión se ensombrece y frunzo el ceño. ¿Invitarla a salir? La mera idea enciende un fuego en mi interior, haciéndome hervir la sangre.

—Está casada.

Bryan se ríe, y ese sonido me clava un cuchillo en el pecho. —¿Y? Eso nunca me ha detenido antes. Además, necesita a alguien más joven y menos melancólico. Apuesto a que no duermen en la misma habitación. Probablemente lo esté buscando en otra parte. No estaría de más intentarlo.

El impulso de irrumpir en la sala y deleitarme con su asombro ante mis escuchas es tentador, pero me parece mezquino. En lugar de eso, respiro hondo y entro despreocupadamente, haciéndoles callar mientras ignoro sus expresiones de culpabilidad con una fría compostura que apenas oculta mi furia.

—¿Empezamos? —pregunto, forzando las palabras mientras me hago tragar la ira y el enfado, luchando contra la tormenta de emociones que amenaza con desbordarse.



Las horas pasan volando mientras me sumerjo en el trabajo, asisto a otra reunión y me sumerjo en más tareas. A pesar de la creencia común de que hay menos que hacer cuando tu empresa se convierte en un gigante corporativo, siempre he sido un adicto al trabajo. Ni siquiera el éxito estelar me ha curado de ello.

El legado de mis padres inmigrantes fue la semilla que cultivé hasta convertirla en un próspero imperio. Cada hora que paso en la oficina, sus esperanzas pesan sobre mí, como una carga y un catalizador. El trabajo no es sólo un afán; es la misión de mi vida. Cada éxito y cada hito son un tributo a sus sueños. La oficina se ha convertido en mi santuario, donde encuentro consuelo en el baile de números y estrategias, forjando mi camino hacia adelante.

En cambio, el hogar se sentía como una cáscara hueca.

Hasta ahora.

Echo un vistazo al reloj de pared y me sobresalto al ver lo tarde que se ha hecho.

Ya son las nueve de la noche.

Mientras me estiro y recojo mis cosas, me dirijo al vestíbulo y al aparcamiento, todavía

hojeando un documento. En medio del suave zumbido de la noche, una voz familiar capta mi atención.

—...no me involucro con compañeros de trabajo así..

Me quedo paralizada y aprieto con fuerza el documento que tengo en la mano al darme cuenta de la gravedad de la situación. Desde las sombras, oigo la voz tranquila y firme de Eden.

—Es sólo la cena, —dice una segunda voz, suave y persistente.

Aprieto la mandíbula al reconocerlo: Bryan, mi vicepresidente.

Está invitando a salir a mi esposa, casualmente, como si no fuera gran cosa. Como si no llevara mi anillo. La ira me sube al pecho, caliente e innegable, y el papel que tengo en la mano se arruga bajo la fuerza de mi agarre.

—No es sólo una cena, —responde Eden con firmeza, con voz firme pero irritada.

Bryan se ríe entre dientes, con un tono petulante y condescendiente. —Eres una mujer inteligente. Pero sé que no es mezclar negocios y placer lo que te molesta. Te preocupa que Graham se entere, ¿verdad? No te preocupes, —se inclina un poco, su voz baja a un susurro sórdido, —soy bueno guardando secretos. Guardaré los tuyos, Eden.

Escoria.

Me hierve la sangre cuando asimilo las palabras petulantes de Bryan, una furia primitiva crece en mi interior. Cree que esto es un juego, como si no lo fuera a descubrir. Como si no fuera a destrozarle por ello. Aprieto el asa del maletín con los dedos, los nudillos blancos de tensión. El impulso de irrumpir y exigir su dimisión en el acto es casi abrumador, pero me obligo a dudar, esperando la respuesta de Eden.

Ella lo callará. Le dirá que no tiene nada que ver conmigo y todo que ver con su desinterés.

Pero el rechazo que espero nunca llega.

El silencio se alarga dolorosamente y contengo la respiración, esperando aún su respuesta.

El tiempo parece congelarse mientras permanezco allí, paralizado. Su silencio me golpea como una traición, una punzada aguda de celos para la que no estaba preparada.

Se me acelera el pulso y, antes de darme cuenta, me alejo, me meto en el coche y salgo a toda velocidad del aparcamiento, desesperada por escapar del nudo que me aprieta el pecho. Las emociones me invaden como un maremoto, y los celos alimentan cada giro imprudente mientras zigzagueo entre el tráfico, ignorando la precaución y los límites de velocidad.



Cuando atravieso la puerta de casa, la ira hierve a fuego lento. Entro en mi habitación dando un portazo y lucho contra el caos que me invade.

Debo enfrentarme a ella.

Sé que nuestro matrimonio no se construyó sobre el amor, y los términos de nuestro acuerdo nos permiten vivir vidas separadas, cada uno libre de perseguir sus propios intereses. ¿Pero con mi vicepresidente? Eso cruza una línea de la que no creía tener que preocuparme.

Cuanto más aguanto esto, más se convierte mi mente en un campo de batalla de emociones contradictorias. No puedo evitar las imágenes atormentadoras de su brazo alrededor de su cintura, sus labios apretados contra los suyos y sus manos recorriendo su cuerpo.

Todavía en ropa de trabajo, con las mangas remangadas, abro la puerta de un tirón y bajo a tomar algo.

Es entonces cuando ella entra.

Directo a la sala de estar.

Su mera presencia tiene una extraña capacidad para suavizar mi ira, haciendo que se disipe casi de inmediato. Es como si su mera existencia sirviera de bálsamo para mi furia hirviente.

No puedo evitar quedarme cautivada por la forma en que su falda lápiz acentúa sus seductoras curvas y cómo su sedoso pelo oscuro cae en cascada sin esfuerzo sobre sus hombros. Sus ojos marrones brillan con una chispa hipnotizadora. Cuando se descalza y se quita los tacones, su elegancia desenfadada no hace sino aumentar su atractivo. Mi mirada se dirige a sus pies cuando se agacha y sus dedos color nude complementan a la perfección el suave tono de su manicura. Cuando vuelve a sentarse, el único botón desabrochado de su blusa deja entrever un sutil escote.

Es una invitación silenciosa y tentadora que despierta un anhelo profundo e inesperado, y mis ingles se tensan en respuesta. Se me escapa un suave gemido antes de que pueda reprimirlo. Mirando ahora a Eden, no puedo evitar preguntarme cómo he podido creer que podía ocultar mi atracción y mis sentimientos por ella.

Aunque mi ira se ha calmado, sigo necesitando respuestas.

—¿Has dicho que sí? —le pregunto.

Ella frunce el ceño. —¿Qué?.

—Bryan, —le explico, y veo cómo sus ojos se abren de par en par. —Te ha pedido salir, ¿verdad? ¿Dijiste que sí porque no te importan los términos de nuestro acuerdo? ¿Porque las reglas en las que se basaba nuestro matrimonio ya no se aplican a ti?. —Mi voz es sorprendentemente tranquila.

Eden tira su bolso en el sofá, colocando las manos en las caderas. —¿Cuánto escuchaste?.

Me encojo de hombros. —Suficiente. Como no me importaba mucho, me fui cuando me di cuenta de que no lo rechazarías. No me importa lo que hagas fuera de esta casa, Eden -miento-, pero hay ciertas cosas que deberías saber que están fuera de los límites. Como confraternizar con un hombre propenso a difundir rumores, sobre todo cuando implica cenar con la mujer de su jefe.

Eden no responde, pero no espero que lo haga. Ya he expuesto mi caso y cualquier otra cosa me haría parecer posesivo y enamoradizo.

Finalmente suspira y dice: —Tomo nota.

Recoge su bolso, da unos pasos, se detiene y vuelve a mirarme. —Si te hubieras quedado, habrías visto mi lealtad hacia ti y mi rechazo a sus insinuaciones. Me ofende que pienses que me rebajaría a un nivel tan bajo.

Oh.

—Pero, ya sabes, —se ríe entre dientes, con un tono amargo en la voz, —fue agradable sentirse deseada, al menos.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago. Mientras se aleja, sus palabras resuenan en mi mente, repitiéndose hasta consumir mis pensamientos.

Sentirse deseado.

Ella ni siquiera se da cuenta. No tiene ni idea de cuánto la deseo. Cuánto la anhelo.

La idea me asalta y, antes de darme cuenta, atravieso la habitación a toda prisa. La cojo justo cuando está a punto de subir las escaleras y le agarro la mano. Se da la vuelta, con los ojos desorbitados por la frustración, lista para otra discusión.

—Si vas a sermonearme un poco más....

No la dejo terminar. Mi boca choca contra la suya, un beso desesperado y hambriento. Mis dedos agarran sus caderas y la acercan como si pudiera fundirnos. Casi espero que me rechace, pero en lugar de eso, se funde conmigo, su cuerpo se ablanda y un suspiro de placer se escapa de

sus labios.

Su gemido suave y jadeante anula hasta el último resquicio de mi autocontrol y me invade una oleada de deseo crudo como lava fundida. Mis manos están inquietas, desesperadas por tocar cada parte de ella, por sentir el calor de su piel bajo las yemas de mis dedos. Ansío acunar su rostro, besarla profundamente mientras mis dedos recorren la delicada piel de gallina que recorre sus brazos.

Nuestros cuerpos se aprietan, encajan como si estuvieran hechos para esto, el uno para el otro. Mis manos se deslizan por sus costados, deteniéndose un instante en la suave curva de su vientre antes de agarrar sus caderas con una necesidad posesiva. Tropezamos, atrapados por la intensidad del momento, luchando por mantenernos erguidos mientras nos perdemos el uno en el otro.

Nos encontramos acorralados, la espalda de Eden contra la pared mientras engancha una pierna alrededor de mi cintura, acercándome. El calor entre nosotros se intensifica, mi excitación la presiona. Con un rápido movimiento, le abro la blusa y los botones se desparraman por el suelo.

Le quito el sujetador, y un gruñido primitivo e incontenible escapa de mi garganta al ver sus pechos.

—Eden, —digo, con la voz baja y cargada de emoción tras cada palabra. Quiero que entienda la confusión que me ha llevado al borde del abismo. —Te necesito.

Bajo la cabeza, rodeo su pezón con la lengua y cierro los labios en torno a él, succionando con avidez. Ella arquea la espalda, su respiración se entrecorta y mi nombre se escapa en un suave gemido. Sus dedos se enredan en mi pelo y me empujan hacia abajo.

Mi corazón late con fuerza cuando su mano se desliza entre nosotros, su palma se desliza sobre mi entrepierna. El roce enciende un deseo primario, la necesidad de enterrarme en su calor, perdido en el delirio de todo aquello.

Aparto su mano y le subo la falda de un tirón; mis dedos apartan rápidamente sus bragas. Encuentro su clítoris y lo froto mientras ella se estremece entre mis brazos. Su cuerpo tiembla cuando deslizo los dedos entre sus pliegues, cubiertos de su humedad.

Murmura palabras que no logro descifrar, y yo saboreo el sonido mientras mi virilidad palpita, desesperada por liberarse.

—Condón, —murmuro, recordando la necesidad. No quiero separarme de ella, pero quiero estar seguro.

Eden niega con la cabeza, manteniéndome cerca cuando intento irme. —Te quiero, —me suplica. —Por favor.

¿Quién podría resistirse a eso? Soy un hombre en trance, no estoy dispuesto a romper este hechizo, y menos esta noche.

Le doy la vuelta, presionando contra su espalda, mi erección rechinando contra ella mientras deslizo la punta entre sus húmedos pliegues. Ella se inclina hacia mí y yo la empujo lentamente. Su cuerpo se estremece con un suave gemido mientras me tomo mi tiempo, saboreando cada centímetro de ella.

Sus paredes se estrechan a mi alrededor, atrayéndome y abrumándome con una sensación palpitante que irradia hasta mis entrañas. Veo que ella también lo siente. Me mira por encima del hombro y veo que sus ojos marrones se oscurecen con intensidad, reflejando la pasión que se ha desatado entre nosotros.

Deslizo la mano por debajo de ella, metiéndola entre sus piernas. Mi dedo presiona y frota su clítoris mientras empujo cada vez más fuerte, cada temblor y cada gemido aumentan la

sensación, me acercan al límite.

—Graham, —suplica. —Graham.

Entiendo lo que necesita y siento el mismo hambre urgente que me consume a mí. Le doy todo lo que desea -intenso y profundo- hasta que el placer la abruma y alcanza el clímax mientras su cuerpo tiembla entre mis brazos.

Me retiro, murmurando su nombre como un voto apresurado, una promesa desesperada. Siento una mezcla de pérdida y profunda satisfacción.

Capítulo 4



Edén

FUERA DE LA VENTANILLA, los coches pasan a toda velocidad, sus motores zumban con una vitalidad casi intrusiva que contrasta con el inquietante silencio que reina en el interior de nuestro vehículo. Graham se sienta en el asiento del copiloto y me deja sola en la parte de atrás.

Ya estaba en el coche cuando salí, y no puedo evitar preguntarme si su elección de asiento es una preferencia habitual o un intento deliberado de crear distancia entre nosotros.

El pensamiento me corroe, una tensión inquieta que hierve a fuego lento bajo mi exterior tranquilo. Me está subiendo por las paredes, convirtiendo el silencio entre nosotros en algo casi insoportable.

Tuvimos sexo anoche.

Sexo que te estruja los dedos de los pies, que te desgarra la mente, de ese que te deja palpitante, con un hormigueo en cada terminación nerviosa. Incluso ahora, cuando estoy despierta, no puedo evitar sentir su presencia entre mis piernas, un recuerdo constante y doloroso que se niega a desaparecer.

Después de acostarnos, me besó. Fue un beso que sentí casi como un eco persistente de todo lo que acababa de ocurrir: una mezcla de pasión y ternura que hacía imposible seguir adelante.

Luego me sugirió que me diera un baño mientras la cocinera preparaba la cena, y yo estaba deseando pasar una velada serena, pensando que por fin podríamos conectar durante una comida. Pero cuando salí, relajada y dispuesta a disfrutar de la velada, descubrí que Graham se había esfumado. Mi expectación se desmoronó al instante y mi apetito se evaporó.

Me siento desconcertado. ¿Por qué? ¿Por qué ofrecer un gesto tan considerado para luego desaparecer sin decir palabra?

Podría haber entendido su comportamiento si sólo hubiéramos tenido una aventura casual de

una noche. Pero estamos casados, y lo que pasó anoche no fue un mero impulso. Vi las restricciones y el deseo ardiente en sus ojos antes de que me besara.

Ahora, tengo que lidiar con la punzada aguda de su hombro frío. Es como si todo lo que vivimos fuera una ilusión.

—¿Por qué la frialdad? —murmuro para mis adentros, la pregunta cargada de confusión y dolor.

Graham se da la vuelta y su mirada sigue tan distante y fría como antes de acostarnos juntos. No hay rastro de la calidez o la intimidad que deberían seguir a una experiencia tan inolvidable.

—¿Pasa algo?, —pregunta, con voz suave pero carente de la comprensión que necesito desesperadamente.

Sacudo la cabeza con firmeza, las palabras "No. Estoy bien" salen con más mordacidad de la que pretendo, un fino velo sobre el dolor y la frustración.

Asiente y se da la vuelta, dejándome a solas con mis pensamientos. Resoplo exasperada, cruzo los brazos con fuerza y miro por la ventana con una concentración láser, intentando calmar la tormenta de emociones que se arremolina en mi interior.

Su necesidad de preguntarme si algo iba mal sólo subraya su completa inconsciencia de lo extraño que ha sido su comportamiento. Se marchó inmediatamente después de nuestra primera noche íntima, desapareciendo sin decir palabra, solo para reaparecer a la mañana siguiente, informándome casualmente de que viajaríamos juntos.

Creyendo tontamente que me estaba compensando por lo de anoche, acepté. En retrospectiva, debería haber confiado en mis instintos y haber rechazado su oferta.

—Es culpa mía, —vuelvo a murmurar, con la voz cargada de frustración mientras me esfuerzo por sacudirme el aplastante peso de la decepción. Me siento como una tonta por haberme dejado llevar una vez más. ¿Cómo he podido atreverme a tener esperanzas, para luego encontrarme enredada en viejos sentimientos que creía haber dejado atrás? Graham no se comprometió, y en el fondo, yo lo sabía. Sin embargo, me permití creer en algo más, algo que nunca me había prometido ni garantizado.

No.

Sacudo la cabeza y me giro para mirarle a la nuca con una intensidad hirviente. Si las miradas pudieran arder, le habría disparado rayos láser, abrasándole la nuca y atravesándole los ojos. La ira que bulle en mi interior es casi palpable.

Debería estar furioso, no, estoy furioso.

Me merecía algo más que este gesto fugaz y desconsiderado. Un chapuzón después de la intimidad que compartimos se siente como una broma cruel, y el aguijón de la misma corta profundamente, alimentando mi frustración a fuego lento y la sensación de traición.

Como si percibiera la tormenta de furia que llevo dentro, se vuelve de nuevo, con las cejas ligeramente fruncidas por la preocupación. —¿Estás bien, Eden?.

—Sí, —suelto, con la voz aguda y llena de frustración, mientras desvío la mirada con deliberada irritación. Siento su mirada fija en mí, pero no me importa. Sabe que no estoy bien, y ahora tiene que enfrentarse a la confusión de no saber por qué, sin respuestas por mi parte. El silencio está cargado de sentimientos que no compartimos, y disfruto del control que tengo al guardármelos para mí.

No durará, y en el fondo sé que probablemente nunca superaré del todo lo que pasó anoche, pero por ahora me bastará para sobrellevar este insufrible viaje en coche.



Ruby entra en mi despacho una hora después de que me haya instalado, con una caja de trufas de chocolate como si llevara un cofre del tesoro. La coloca sobre mi mesa con una floritura juguetona.

—Hola, superestrella. Te he traído el único grupo de alimentos del que merece la pena hablar: el chocolate. Pensé que necesitarías un poco de dulzura para contrarrestar la amargura de ser adulto.

Su contagioso entusiasmo es un punto brillante en un día que, de otro modo, sería monótono, pero no puedo quitarme de encima el peso de mi estado de ánimo. Me río, esforzándome por esbozar una sonrisa sincera. —Hola, Ruby.

Suspira mientras se sienta. —Siento haber estado desaparecida en combate desde que el trabajo de tu boda me tiene orbitando la galaxia. ¿Por casualidad Graham mencionó nuestros planes para cenar este fin de semana? Cruzo los dedos para que no me llamen a última hora para hacer de canguro de un cliente especialmente exigente. O peor, una pelea de gatas con una máquina de café que se porta mal.

¿A cenar?

Mis oídos se agudizan ante la mención de la cena. Graham no ha dicho nada al respecto. Por otra parte, la mayoría de nuestras conversaciones giran en torno a mí incumpliendo accidentalmente nuestro contrato o a él susurrando mi nombre como si fuera un hechizo secreto.

—No, —murmuro, sacudiendo la cabeza con frustración e incredulidad. —La cena no estaba en la agenda. Parece que Graham y yo nos perdimos el memorándum de 'hablar de planes para cenar'.

Las palabras salen con más fuerza de la que pretendía, con un dejo de exasperación. La situación me parece otro paso en falso en una serie de errores de comunicación y expectativas no cumplidas, que me dejan aún más intranquilo.

Los ojos de Ruby se entrecierran ligeramente, su preocupación se agudiza a pesar de mis intentos de disimularla. —Es una metáfora interesante, —dice, echándose hacia atrás con un ceño casi imperceptible. —Pero sabes que puedo leerte como a un libro. Si algo no va bien, no tienes que fingir por mí. Ya lo hemos superado, ¿recuerdas?.

—Dime qué te pasa, —me pregunta.

—Nada, —me desvío, logrando esbozar una sonrisa. —Es bueno. No somos la típica pareja de enamorados, pero tenemos nuestra propia química. Es como mezclar café con chocolate: inesperado, un poco intenso, pero funciona.

A Ruby, mi amiga de toda la vida, no le convence mi explicación.

Se acerca, se posa en el borde de mi escritorio y me coge de la mano. Vamos, —me dice con una sonrisa, —hagamos como si fuera un tío cualquiera y yo no fuera su hermana. —Cuéntamelo todo. Nunca nos hemos ocultado secretos y me niego a empezar a hacerlo ahora.

Así que, lo derramo.

Le doy la versión resumida, omitiendo las partes más jugosas pero resumiendo lo esencial del último mes y pico. Cuando termino, Ruby salta del escritorio con una sacudida dramática.

—Te juro que si pudiera hacerle entrar en razón, lo haría, —dice, poniendo los ojos en blanco con una mezcla de frustración y exasperación. —Siempre ha estado ciego ante los tesoros que tiene delante de sus narices. Necesita un mapa y un GPS para encontrar lo que tiene delante.

Exhalo en silencio, pasándome la mano por el pelo. —Está bien, de verdad. No redactó exactamente un contrato de amor. Nuestro trato era sencillo: él necesitaba una esposa durante dos años y yo conseguía un trabajo y un nombre elegante. Supongo que no debería esperar pétalos de rosa y serenatas a la luz de la luna. Y -me muerdo el labio, traicionando la preocupación que me ha estado invadiendo toda la noche-, quizá no soy su tipo. Supongo que todo contrato tiene su letra pequeña, ¿no?.

Ruby se burla en voz alta y vuelve a mi mesa. —¿No es su tipo? Sinceramente, Eden, mi hermano debería estar dando gracias por tener una esposa como tú. Y, —añade con una suave sonrisa, —definitivamente no eres tú. Siempre ha sido un oso melancólico y gruñón. Incluso tuve una fase en la que pensé que podría haber sido adoptado, hasta que mis padres me aclararon las cosas.

Como no me levanta el ánimo, se inclina más hacia mí y me susurra conspiradoramente: —No se lo digas a nadie, pero sigo teniendo la ligera sospecha de que podrían haber falsificado su partida de nacimiento.

Me echo a reír y ella se echa hacia atrás con una sonrisa orgullosa, claramente encantada de haber provocado este momento de frivolidad. La idea de que las peculiaridades de Graham puedan ser heredadas de otra persona me alegra el ánimo y me levanta el espíritu.

—Gracias, —le digo. —Realmente necesitaba esto.

Agita la mano con desdén. —Oh, no tienes que agradecérmelo. Para eso están los mejores amigos. Me voy a cenar para hacerle entrar en razón. Lleva demasiado tiempo viviendo en su propio cascarrabias. Si alguien puede hacerle ver la luz, soy yo, pero no esperes que sea amable.

Sonrío cuando se sumerge en historias sobre Graham, compartiendo una mezcla de relatos nostálgicos de nuestros días de juventud y nuevas anécdotas que dejan entrever el hombre en que se ha convertido. Su animada narración pinta un retrato de él que es a la vez encantador y frustrantemente familiar.

A pesar del alivio que me produce, mi mente sigue fija en un pensamiento en particular.

Cuanto antes adopte una actitud distante, mejor preparada estaré para la posibilidad de que Graham encuentre el amor con otra persona.

Capítulo 5



Graham

—NO HACE FALTA, —LE digo a Abel, mi chófer, cuando se reúne conmigo en el vestíbulo, —llegaré por mi cuenta. Pero mantente disponible por si te necesito.

Asiente con la cabeza y se aleja mientras yo salgo para reunirme con un viejo amigo y cliente. La naturaleza de sus negocios con mi empresa es lo bastante informal como para prescindir de un chófer o un contrato.

Mientras camino hacia mi coche, la conversación entre Bryan y Eden se repite en mi mente, un doloroso recordatorio de cómo mis prejuicios habían torcido mi comprensión.

Al reprimir mis emociones y distanciarme de ella, supuse que buscaría satisfacción emocional con otra persona.

Me duele el corazón al pensar en los momentos que dejé escapar. Me había anticipado a la espera tras nuestra noche juntos, anhelando el calor de un baño compartido, la intimidad de una cena romántica y la simple alegría de verla sonreír desde el otro lado de la mesa.

En lugar de eso, la aparté, replegándome tras mis muros de autopreservación. Tomé la salida del cobarde, evitando las emociones duras y distanciándome, convenciéndome de que era lo mejor.

Con pesar, abro la puerta del coche, dispuesta a escapar de la confusión que se arremolina en mi interior. Pero justo entonces, el sonido familiar de unos pasos que se acercan capta mi atención. Mi corazón da un vuelco y miro hacia la otra entrada del aparcamiento, con un destello de esperanza encendiéndose en mi interior.

¿Es el Edén?

Ese pensamiento hace que una oleada de expectación recorra mis venas, mezclándose con el pesar que ya me es tan familiar.

Antes del Edén, los tacones eran sólo tacones, declaraciones de moda carentes de significado

real.

Pero ahora simbolizan mucho más. He llegado a apreciar la imagen de ella quitándoselos en el salón, despojándose del fingimiento y revelando a la mujer vibrante y auténtica que me cautiva por completo. El sonido de sus pasos al bajar las escaleras está grabado en mi memoria, cada clic resuena con un ritmo que me acelera el corazón. Incluso puedo intuir cuándo dobla la esquina por el inconfundible golpeteo de sus tacones en el suelo.

Pulsa.

Pulsa.

—¡Déjame en paz, Charlie!, —me grita, haciendo que me detenga y deje la puerta abierta. —Ya te he dicho que no quiero tener nada que ver contigo. Si sigues acosándome, llamaré a seguridad y haré que te echen. —No lo harás, —amenaza el otro hombre. —O le diré a todo el mundo que te casaste con Graham Sterling sólo para vengarte de mí, para fastidiarme.

Mis manos se cierran en puños, mi ira arde con un calor blanco abrasador. El nombre de Charlie hace que una oleada de furia recorra mis venas; es la segunda persona que amenaza, y la mera idea de que merodee cerca de Eden enciende en mí un instinto de protección primario. Cada momento que él ocupa sus pensamientos es un momento que no puedo soportar.

Quiero enfrentarme a él, hacerle saber que no permitiré que nadie juegue con su corazón. Esta rabia no es sólo por defenderla; es por el deseo feroz de proteger a alguien que me importa profundamente, de mantenerla a salvo de cualquiera que pudiera desear hacerle daño.

—¡Adelante! —La oigo gritar. —Díselo. Es lo que querías hacer todo este tiempo, ¿verdad? Humillarme no era suficiente para ti. Ahora que he rehecho mi vida con un hombre mucho mejor, estás decidida a destrozarla, arrastrándome al nivel de tu despreciable y degradado yo..

Charlie empieza a hablar, pero ella le interrumpe. —Te digo que no, —ríe maníacamente, —te lo suplico. Adelante, dile a todo el mundo que puse fin al compromiso porque te acostaste con todas las mujeres de la ciudad. Difunde tus rumores y a ver si esta vez me callo. Te derribaré, Charlie, te aplastaré contra el suelo con todo lo que tengo.

Oh.

Mi rabia disminuye, sustituida por una oleada de orgullo. Ya había visto antes el lado feroz de Eden, pero esta rabia cruda y sin filtros revela una profundidad en su fuerza que me cautiva. No es sólo el fuego de sus ojos, es cómo se mantiene firme, inquebrantable y sin disculpas. En ese momento, no puedo evitar admirar su resistencia, ese espíritu feroz que se niega a dejarse intimidar. Me siento realmente orgullosa de estar a su lado y de saber que no retrocederá ante la adversidad. Esta es la mujer por la que quiero luchar, la que me inspira a salir de detrás de mis muros y afrontar juntos cualquier reto que se nos presente.

—Todavía te quiero, —la voz lloriqueante y cobarde de Charlie llega a mis oídos, haciéndome poner los ojos en blanco. —Lo siento. He sido un gilipollas, pero te prometo que te lo compensaré.

—¿Crees que soy tan crédula después de todo lo que me has hecho pasar?, —replica Eden.

Bueno, eso lo tiene controlado. La observo con una mezcla de admiración y preocupación, sabiendo que es más que capaz de mantenerse firme.

Sin embargo, un nudo de ansiedad me aprieta el estómago cuando pienso en marcharme. Sé que Charlie cometerá una estupidez. Los hombres como él tienen dos modos por defecto: o suplican o se hacen las víctimas. Ya me lo imagino inventando una historia para ganar simpatía.

Eden es fuerte y confío en que pueda capear cualquier rumor que pueda circular, pero no quiero que soporte eso. Se merece algo mejor que ser arrastrada por el barro por alguien que ni siquiera entiende el significado del respeto.

—Charlie Avory, —doy un paso adelante, con una sonrisa amenazadora curvando el borde de mis labios. Noto la tensión en el ambiente cuando su mirada se cruza con la mía, y esa sonrisa escalofriante que llevo, conocida por infundir miedo a los demás, se dibuja en su rostro. Hay un destello de aprensión en sus ojos cuando se da cuenta de quién tiene delante.

—Tenía muchas ganas de conocerte, —le tiendo la mano con voz firme y controlada. Vacila, su inquietud es palpable, antes de estrecharla de mala gana, con un apretón débil e inseguro. Es casi risible la facilidad con la que se somete al poder de mi presencia.

—Sabía que nuestros caminos acabarían cruzándose, —continúo, dejando que un tono frío se cuele en mi tono. —Porque los hombres como tú nunca hacen caso al sentido común. Nunca saben cuándo alejarse. —Mis palabras flotan en el aire, cargadas de amenazas tácitas, y puedo sentir el calor de mi ira hirviendo a fuego lento bajo la superficie. La bravuconería de Charlie flaquea y, en ese momento, disfruto del cambio de dinámica: ya no es él quien tiene el control.

Mi sonrisa se transforma en un gruñido cuando fijo mi mirada en él. Luego, desvío mi atención hacia Eden, inclinándome para saludarla con un suave beso en los labios, un momento de calidez en medio de la tensión. —Perdóname por intervenir, mi amor, —digo, suavizando mi voz, el contraste agudizando mi ferocidad anterior. —Sabía que lo tenías bajo control, pero no podía quedarme de brazos cruzados y dejar que ese canalla profiriera amenazas vacías sin enseñarle lo que se siente cuando se es una amenaza de verdad. —Hay una feroz protección en mi tono, un compromiso inquebrantable de protegerla de cualquier daño.

Hago una pausa, dejando que el silencio aumente la tensión. Luego, me vuelvo hacia Charlie y mi expresión se ensombrece. Le pongo una mano firme en el hombro, cuyo peso es una promesa silenciosa de consecuencias.

—Tenías mucho que decirle a mi mujer, Charlie Avory, —digo, mi voz baja y peligrosa. —Por lo que he oído, has sido persistente en tus intentos de remendar tu ego. —Me acerco un paso más, dejando que el calor de mi ira le queme la cara. —Pero déjame aclararte una cosa: mi mujer es un alma bondadosa. Ella te advertirá. Pero yo... yo te destrozaré. No sólo tu empresa, sino también tu carrera, tu vida y tus frágiles huesos.

Mientras hablo, mis dedos se clavan en su hombro y su rostro se contorsiona con la aguda punzada del dolor. —Cuando acabe -continúo, con un escalofriante susurro en la voz-, te habré despojado de todo: tu estatus, tu carrera, tu dignidad. Romperé tu espíritu tan profundamente que no te quedará nada, ni siquiera la voluntad de luchar.

Dejo que lo asimile, observando cómo el miedo se dibuja en su rostro y sus hombros tiemblan.

Luego doy un paso atrás, dándole un momento para que asimile el peso de mis palabras. —Esto es lo que ocurrirá si vuelves a acercarte a mi mujer, —le digo, con un tono frío e inflexible. —Te verás envuelto en una interminable batalla legal, tratando desesperadamente de evitar una larga condena en prisión. Estoy más que seguro de que puedo desenterrar suficientes pruebas de tus delitos pasados para que la acusación tenga una montaña de pruebas con las que trabajar..

—¿Vas a esperar a que te eche?. —le pregunto mientras permanece inmóvil.

Charlie mira a Edén, su rostro palidece mientras se escabulle como un murciélago sorprendido por la luz del día. Siento una oleada de júbilo, una oscura emoción que se me dibuja en los labios mientras lo veo huir.

Pero esa emoción se desvanece rápidamente cuando me doy la vuelta y veo a Eden mirándome con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya lo tenía cubierto, —dice con voz tajante. —No tenías que intervenir y hacer que se

tratara de ti.

Mis cejas se fruncen ligeramente confundidas. —¿Sobre mí?.

—¿Puedo desenterrar tus crímenes pasados?, —me imita con voz irritada. —Eso era presumir. Apuesto a que te hizo mucha gracia verle huir: Charlie Avory, claramente no rival para el gran Graham Sterling.

Estoy desconcertado, la confusión nubla mis pensamientos. —¿Qué ocurre? pregunto, realmente desconcertada. —Le estabas mandando a la mierda, ¿no? Quería asegurarme de que el mensaje quedaba claro. Entonces, ¿cuál es el problema?.

Levanta las manos exasperada. —¡Todo! Lo hiciste por tu propio bien, para proteger tu reputación y evitar que rompiéramos nuestro acuerdo, que tanto te preocupa. Spoiler alert: sé cómo luchar mis propias batallas y valoro mi reputación tanto como tú. No soy tan tonta como para cometer el error de volver con mi ex prometido.

—Quien, —se burla, —por cierto, me engañó poco después de nuestro compromiso.

—Lo sé, —digo en voz baja, con el corazón encogido por el dolor en su voz.

Eden niega con la cabeza, su expresión es una mezcla de decepción y resignación. —No, no lo sabes. Y está bien. No esperaba que lo vieras de otra manera.

Luego se marcha, dejándome con los labios entreabiertos y las palabras que quería decir en la punta de la lengua.

Lo hice por ti.

Lo hice porque me estoy enamorando de ti, Eden Siu.

Capítulo 6



Edén

EL ARRUGAMIENTO DEL PAPEL en mis manos parece un eco de la aplastante decepción que me oprime el pecho.

Metí la pata hasta el fondo.

La frustración se apodera de mí cuando apunto a la papelera, solo para ver cómo la pierdo por completo. Gruño, me paso los dedos por el pelo y clavo los ojos en la hoja de papel que tengo delante.

—Estúpido, estúpido Eden, —murmuré en voz baja. Un trabajo, sólo uno, y lo he estropeado. Esperaba causar una buena impresión, ganar puntos para el ascenso. ¿Y ahora? Ahora estoy segura de que la he fastidiado. He decepcionado a mi cliente más importante, y el escozor del fracaso es insoportable.

—Debería culparle a él, —murmuro entre dientes apretados, con la rabia hirviendo a fuego lento bajo la superficie.

Debería culparle de todo. Si no me hubiera besado, si no me hubiera hecho sentir como si estuviera en la cima del mundo, como si fuera alguien especial, no estaría aquí de pie, atrapada en este lío de emociones.

—Maldito seas, Graham Sterling, —siseo. Maldito seas por hacer que una mujer se sienta importante, para luego dejarla cuestionándose todo, como si nada hubiera sido real.

—Supongo que hay un resquicio de esperanza, —suspiro, aunque las palabras parecen huecas. —Charlie se ha ido para siempre.

Echo un vistazo a las noticias y veo que las acciones de su empresa han caído en picado. Una parte de mí quiere culpar a Graham: si alguien ha tenido algo que ver, ha sido él.

Pero no puedo. Incluso si lo hizo, fue por sus propias razones, no por las mías.

Los hombres y sus egos.

Mi teléfono suena, rompiendo el silencio con otra estafa de lotería sin sentido. Miro la pantalla y veo la hora.

Nueve de la noche.

Llevo horas mirando el mismo maldito plano, perdido en una neblina de frustración y agotamiento. Me arden los ojos, me duelen los hombros y el peso de todo lo que no he conseguido me aprieta cada minuto que pasa.

—Será mejor que me lo lleve a casa, —murmuro, cogiendo mi bolso y saliendo.

Al salir de la oficina, la idea de volver a casa me resulta insoportable. El peso de la decepción -de Graham y de las incesantes semanas de trabajo agotador- es abrumador, me presiona y apenas puedo respirar. Necesito un escape, algo que alivie el dolor que me corroe el pecho.

Así que programo perfectamente mi salida, esquivando los ojos siempre vigilantes de los guardaespaldas de Graham con un rápido rodeo por la puerta trasera.

Mientras camino por el oscuro aparcamiento, me viene a la mente el recuerdo de Graham asustando a Charlie. Por un momento, me siento victoriosa, un breve subidón embriagador. Pero la adrenalina se desvanece demasiado rápido, dejándome con una mezcla de orgullo y algo que no puedo evitar... algo agridulce. Por una fracción de segundo, siento unas ganas locas de besarle: el corazón me late con fuerza, las mejillas se me sonrojan. Pero entonces vi esa sonrisa de suficiencia en su cara y me di cuenta. No lo hacía por mí. Lo hacía por su propia satisfacción. Y eso me cabreó.

Me subo al coche y, por capricho, conduzco directamente al piano lounge de las afueras de la ciudad, decidida a pasar desapercibida. Las suaves melodías y el ambiente poco iluminado me atraen, prometiéndome un escape temporal del caos de mi mente. Esta noche, lo único que quiero conmigo es el zumbido relajante de la música y un vaso de coraje líquido, lo que sea para ahogar la aplastante sensación de derrota.



"¿Dónde has estado? —dice Graham, levantándose del sofá y dando zancadas hacia mí mientras me quito los tacones de encima. —¿Dónde has estado, Eden?.

Le quito la mano de encima cuando intenta tocarme el hombro. —No es asunto tuyo.

—Es asunto mío, —dice Graham, con voz firme y una tensión controlada. —Cuando mi mujer desaparece, su seguridad no puede encontrarla y vuelve a casa después de medianoche sin decir una palabra... sí, es asunto mío. Te llamé varias veces, Eden, pero nunca me contestaste. Estuve a punto de llamar a la policía, pensando que había pasado algo terrible. Así que, dime, ¿dónde demonios has estado?.

Puedo oír la sinceridad en su voz, y me hace detenerme. Suspiro y siento el peso de todo. —Es que... necesitaba un rato a solas en el piano lounge, —admito suavemente, la vulnerabilidad se cuela en mi voz. —Y, sí, tomé un poco de vino. —Las palabras pesan más de lo debido, como una confesión, como si el vino fuera algo más que una copa: era mi vía de escape.

—¿Por qué?, —pregunta, con la voz teñida de preocupación.

Me encojo de hombros, sintiendo la pesadez de las palabras antes incluso de que salgan de mis labios.

—Porque soy un desastre, y tú no eres mejor. —Se me aprieta el pecho al decirlo, la verdad que he estado evitando se derrama como una presa que se rompe.

—¿Qué quieres decir?, —insiste, con un tono más suave, como si temiera la respuesta.

Desvío la mirada, con un nudo en la garganta. —Sabes exactamente lo que quiero decir.

Necesito dormir.

Le empujo, pensando ya en la comodidad de mi cama, desesperada por escapar. Pero su mano me aprieta la muñeca, reteniéndome. —¿Qué haces? Suelto un chasquido, con la frustración y el cansancio derramándose en mi voz mientras lucho por liberarme. —Suéltame o te juro que le diré a todo el mundo que me estás manoseando.

Su agarre se afloja, pero se interpone en mi camino, su cuerpo como una sólida barrera. —¿Qué ha pasado, Eden? ¿Qué quieres decir con 'un desastre'?.

Exasperada, alzo las manos, con un gesto lleno de frustración y derrota. —Soy un desastre, ¿vale? No consigo hacer nada bien. Estoy echando a perder mi trabajo, y probablemente me quede estancada como arquitecta junior para siempre porque sigo cometiendo errores que nadie más cometería. —Las palabras salen en tromba, un torrente de autodesprecio y desesperación.

Su respuesta es un tranquilo "Oh.

Suelto una risa hueca, el sonido amargo y vacío. —Ah, claro. Adelante, dímelo. No te dolerá porque ya he bebido suficiente alcohol como para olvidar esta noche. Venga, —le insisto cuando se queda callado, —cuéntame que no soy tu tipo y que por eso desapareces después de tener sexo alucinante. Y cómo te vuelves completamente distante y apenas hablas al día siguiente.

Se me llenan los ojos de lágrimas, que atraviesan la bruma de la embriaguez, y siento una fuerte punzada de vergüenza. No debería haberlo soltado todo. La vulnerabilidad y el arrepentimiento se apoderan de mí y me hacen desear retractarme de cada palabra.

La voz de Graham es apenas un susurro, teñido de dolor. —¿Es eso lo que realmente piensas?.

Intento mantener la voz firme, pero vacila. —¿Qué otra cosa se supone que debo pensar?. —Estoy a punto de derrumbarme, mi voz tiembla con el peso de años de sentimientos no expresados. —Llevo ocho largos años guardándome estas emociones. Cuando me pediste que me casara contigo, me permití creer -tontamente- que por fin pasaría algo real entre nosotros.

—Pero me di cuenta enseguida de que no iba a ser así cuando apenas me dirigiste la palabra durante una semana, —continúo, con el pecho agitado por la intensidad de mis emociones. —Hasta que nos acostamos. A pesar de que te fuiste en cuanto entré en el cuarto de baño, aún albergaba alguna esperanza. Pero tuviste que ir y volver a destrozarla. —Mi voz se quiebra, el dolor palpable. —La desinflaste sin pensar un segundo en cómo me hacía sentir.

Respiro hondo, intentando calmar la tormenta que tengo dentro. —No me debes nada, —digo, con la voz apenas por encima de un susurro, teñida de silenciosa resignación. —Pero te agradecería que las cosas volvieran a ser como antes.

Incluso cuando digo estas palabras, está claro que no estoy siendo sincera. No quiero que las cosas vuelvan a ser como antes: estoy atrapada en un torbellino de incertidumbre y dudas, buscando desesperadamente claridad en medio del caos.

—Te equivocas, —interrumpe la tranquila voz de Graham, haciendo que mis cejas se arqueen en señal de confusión.

¿Incorrecto?

—Te debo una, Eden, —continúa, acercándose.

El calor de su presencia y el sutil almizcle de su colonia me envuelven, provocando un tumulto de emociones que me cuesta controlar. Mi corazón se acelera, la proximidad intensifica cada sensación.

—¿Qué quieres decir? murmuro, con voz suave e insegura, lidiando con el repentino e inesperado cambio en sus palabras.

Su pulgar roza suavemente mi mejilla y se me escapa un suspiro, el contacto me produce un escalofrío. —Hice que te preocuparas, y esa no era mi intención. Debería haberme quedado esa noche y haberte mantenido calentita en la cama. No lo hice, y lo siento.

Sus palabras vagan por mi mente, sólo a medias, ya que estoy más consumida por la sensación de hormigueo que me recorre. Pero a medida que las asimilo, la sinceridad de sus disculpas me coge desprevenida y hace que mi irritación empiece a desaparecer. La inesperada suavidad de su voz y el arrepentimiento de sus ojos derriban poco a poco los muros que he levantado, dejándome vulnerable e insegura.

—En cuanto a cometer errores, —se inclina hacia mí, su aliento cálido y reconfortante contra mi oído, —eres una arquitecta brillante, Eden, una de las mejores que conozco. Deberías relajarte un poco; todo el mundo comete errores.

Murmuro: —Yo no, —con la voz teñida de una mezcla de incredulidad y dudas persistentes.

La calidez de su aliento y la seriedad de su voz lo hacen difícil de conciliar con la dura autocrítica que ha sido mi compañera constante.

Me muerde el lóbulo de la oreja y jadeo al sentir un ligero escozor, pero su lengua no tarda en aliviar la zona, provocándome un escalofrío y una nueva oleada de piel de gallina por todo el cuerpo.

—Sobre todo tú. Hay mucho que aprender, mi amor, —murmura, su voz tierna pero dominante, —y si no te das espacio para los errores, nunca encontrarás el espacio para crecer.

Abro los ojos, necesito verle la cara para confirmar que sus palabras eran sinceras.

—Lo digo en serio, —repite, como si me leyera el pensamiento, con el pulgar acariciándome la mandíbula y luego deslizándose sobre mi labio inferior. —Eres excepcional, Eden. No te menosprecies por un fracaso. ¿De acuerdo?

Me muerdo el labio, asintiendo con una mezcla de vulnerabilidad y esperanza. Entonces se inclina y me muerde la comisura del labio con un mordisco cariñoso que me acelera el corazón. Separo los labios involuntariamente, presa del fervor del momento, y me encuentro invitándole a entrar, rindiéndome a la intensidad de su presencia.

Noto la sonrisa en sus labios antes de que me rodee el cuello, incline la cabeza y deslice la lengua. El contacto es electrizante y liberador, y le rodeo el cuello con los brazos, necesitándolo más que a la lógica y la cordura.

O incluso el aire.

Mis dedos acarician sus anchos hombros y su atlética espalda, sintiendo cómo sus músculos se ondulan bajo mi tacto. Sus manos recorren mi cuerpo, acariciando y apretando mi culo. La embriaguez de la lujuria me invade y me eleva a alturas asombrosas. El deseo me recorre en oleadas y me aferro más a Graham mientras sus labios recorren mi cuello y su boca succiona la piel por encima de mi clavícula.

Bliss.

No.

Es algo más que eso.

Hay una urgencia, un deseo palpable y un hambre que hacen zumbar mi cuerpo... pero la forma en que Graham me toca es nueva, diferente, más intensa. Me enrosco los dedos en su espesa cabellera y las yemas de sus dedos se clavan en mis caderas, su excitación me presiona y aumenta el palpitar entre mis piernas.

—Edén, —gruñe, arrastrando mi nombre mientras su áspero aliento se mezcla con los suaves jadeos que escapan de mis labios. —Dios, —dice, con un tono crudo en la voz, —te necesito... ahora.

Me quito la blusa con facilidad y la tiro a un lado. La boca de Graham en mi escote me hace tambalear, y tropezamos con la pared, donde sus manos me rodean la cintura, manteniéndome firme.

Me quito el sujetador, que cuelga de una mano mientras su lengua me lame el pezón, girando a su alrededor, enrollando en mi interior una espiral de agonía y éxtasis. Me retuerzo y gimoteando, pasándole las manos por el pelo y por la espalda mientras su boca me tortura, buscando palabras pero sin encontrar ninguna.

Me separa las piernas y entra, y yo paso los dedos por su excitación. Su gruñido me anima, le bajo la cremallera con los calzoncillos y lo cojo con la mano.

Graham maldice en voz baja mientras lo acaricio de punta a base, bombeándolo con fuerza mientras sus caderas se sacuden y su respiración se hace más agitada. Sus dedos siguen acariciándome los pezones, jugueteando y tirando suavemente mientras nos damos y nos quitamos el uno al otro.

Me levanta sin esfuerzo y me deja en el borde del sofá, con un tacto dominante y tierno a la vez. —Te quiero aquí, —me dice con voz áspera e intensa. Sus dedos se mueven con deliberada urgencia, bajándome la falda y las bragas, provocándome una sacudida de emociones. La crudeza de su tono, combinada con su movimiento rápido y posesivo, me deja sin aliento y me estremece.

Me recuesto en el sofá y siento un hormigueo en el cuerpo mientras él se arrodilla. Me da un suave beso en el sexo y el roce de su barba recién afeitada con mi piel me produce escalofríos de electricidad primaria. Las incesantes caricias de su boca encienden en mí una necesidad desesperada. Empiezo a mover las caderas lentamente al principio, saboreando la sensación, pero enseguida el ritmo se intensifica. Mis movimientos se vuelven frenéticos e incontrolados mientras busco la liberación, impulsada por un deseo implacable y abrumador.

Graham se levanta de sus rodillas y me agarra la cara con ternura pero con firmeza. Me besa ferozmente, la intensidad de sus labios y la profundidad de su pasión me dejan sin aliento. Mientras el beso continúa, desplaza sus labios con una lentitud deliberada, guiando la punta de su polla hasta mi sexo. De un solo y potente empujón, me llena por completo, y una oleada de sensaciones abrumadoras se abate sobre mí.

Jadeo fuerte, el sonido se me escapa antes de que él lo silencie con otro beso intenso. Hace una pausa y me deja un momento para que me adapte a su plenitud, una experiencia que me resulta tan dolorosamente familiar como asombrosamente nueva.

Entonces empieza a moverse contra mí, sus caderas oscilan hacia delante y hacia atrás con un ritmo que es a la vez relajante y electrizante. La sensación es tan profunda que se me saltan las lágrimas, una mezcla de placer y vulnerabilidad que me abruma. Nunca antes me habían tomado así, nunca había sentido que cada centímetro de mi cuerpo se rindiera tan completamente.

Hasta Graham.

Resulta que soy completamente vulnerable, pero me siento perfectamente a gusto en sus hábiles manos. A medida que acelera su ritmo, cada embestida me hace respirar entrecortadamente y me lleva al borde del éxtasis.

Cuando llego al clímax, es una liberación explosiva y estremecedora, mi cuerpo se aprieta en torno a él mientras caigo en picado desde una altura que nunca antes había conocido. Graham no ceja en su empeño; continúa con una pasión feroz y devoradora, arrancándome hasta la última gota de placer hasta que estoy completamente agotada y exhausta.

Más tarde, me sube las escaleras hasta mi dormitorio, y apenas soy consciente de ello, con los párpados pesados y la mente en las nubes.

La última sensación que siento antes de dormirme es el tacto suave y tierno de sus labios en mi frente, un suave recordatorio de su presencia y del calor de sus cuidados.

Capítulo 7



Graham

—GRAHAM, —LOS OJOS DE Ruby se abren de sorpresa cuando entro en su despacho. —Qué sorpresa. ¿Le ha pasado algo a Eden? No sueles hacer visitas a domicilio a menos que haya una crisis.

Le respondo, echándome hacia atrás despreocupadamente: —Considérelo una intervención espontánea. Siempre he querido ver si tu despacho es tan encantador como sugieren tus historias.

Ruby sonríe, sus ojos brillan con picardía. —Intervención espontánea, ¿eh? Bueno, si has venido a inspeccionar mi despacho, espero que hayas traído un buen boletín de notas. Y si buscas encanto, puede que tengas que encontrarlo entre las pilas de papeles y mi caos organizado. —Señala su desordenado escritorio.

Ruby levanta una ceja y sonríe. —¿No deberías estar hoy con Eden? No eres de las que se olvidan de las cosas, pero por si acaso, el cumpleaños de Eden no se te ha pasado por alto, ¿verdad?.

No fue así.

—He venido a pedirte un favor. En realidad, —meneo la cabeza, —necesito tu consejo.

Doble sorpresa. Se incorpora, frunce el ceño como si acabara de confesar que me he apuntado a un circo. —¿Has tenido una conmoción cerebral? ¿Has empezado terapia?.

Se me escapa una risita. —No, y no necesito terapia.

Resopla, sacudiendo la cabeza con una sonrisa burlona. —Clásico. Es exactamente lo que diría alguien que necesita terapia. Pero oye, te quiero de todas formas. Ahora, escupe... ¿qué te tiene actuando tan completamente fuera de personaje?.

Edén.

—Estoy enamorado de Eden, —suelto, y las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas. De repente, el peso de mis sentimientos queda al descubierto y mi confesión flota en

el aire, cruda y sin filtrar.

—¿Qué?.

Lo sé. Es hora de afrontar la verdad. Después de intentar reprimir mis sentimientos durante meses, anoche me di cuenta de algo: estoy locamente enamorado de Eden Siu. Cuanto más me mentía, más alejaba mi oportunidad de ser feliz.

Decírselo a Ruby me quita un peso de encima. Sonrío y repito: —Estoy enamorado de Eden. Voy a decírselo.

Ruby echa la silla hacia atrás, se levanta y se pasea por el despacho con un aire teatral. Tras un minuto de movimientos exagerados, se da la vuelta y se le ilumina la cara con una sonrisa de Cheshire. —¡Lo sabía!.

Me río entre dientes. —¿Saber qué?.

—Oh, —se encoge de hombros arrogantemente, —no sé, ¿que por fin estabas entrando en razón? Sentí que necesitabas un empujoncito, pero estaba dispuesta a darte un respiro por un tiempo. Pero estoy encantado. He estado esperando este momento como si fuera el final de la temporada de mi serie favorita, —me dice, dándome una palmada en el hombro.

—¡Uf! Cuando Eden me dijo que creía que no era tu tipo, dije que era mentira. —Ruby dice, su sonrisa se ensancha.

Mi corazón se hunde. —¿Ella dijo eso?.

Los ojos de Ruby se abren de par en par al darse cuenta de su metedura de pata. —Oh, oh. No tenía que haber dicho eso. Pero, —dice, relamiéndose los labios de forma dramática, —supongo que ahora no importa porque tenía razón. Eden Siu es exactamente el tipo de mujer que necesitas. Y para que lo sepas, si metes la pata, iré a por ti con la fuerza de mil mensajes de texto no contestados. Nuestra relación no te salvará de mi ira.

Suspiro suavemente al darme cuenta de que casi he desperdiciado mi oportunidad. ¿Me habría perdonado si hubiera esperado más para confesarle mi amor?

Necesito hacer las cosas bien.

—Tengo que irme, —digo, ya avanzando hacia la puerta.

—¡Eh! —Ruby me llama, su voz me hace retroceder un momento. Miro por encima del hombro.

—Tráele a Eden algo extraordinario, —añade con un guiño juguetón.

Logro esbozar una pequeña sonrisa, con el corazón acelerado.

—Tengo planeado algo extraordinario, —le respondo. Al menos, espero que ella lo piense.



Siguiendo el consejo de Ruby, recojo un suntuoso ramo de rosas y una caja de trufas de chocolate DeLafée de camino a la oficina. También adquiero un pequeño regalo, envuelto en una caja.

Nunca me he sentido nervioso, pero con Eden todo cambia. El deseo de triunfar con ella arde más que nada a lo que me haya enfrentado jamás.

Al no oír respuesta, pruebo con el pomo de la puerta y cede. Huh.

Al entrar en su despacho, veo un ramo de lirios blancos sobre su mesa. Frunzo el ceño y entrecierro los ojos al verlo, preguntándome de quién será. Invadida por la curiosidad, cojo la tarjeta que hay junto a las flores y la leo:

Eden, lamento la forma en que me comporté. Por favor, dame otra oportunidad. Todavía te

quiero.

Con amor, C..

¿Charlie? La tarjeta ya no está sellada, lo que sugiere que Eden la había leído.

Mi corazón late con una tensión a la que no estoy acostumbrada. ¿Qué le estará pasando por la cabeza? ¿Le perdonará? Me niego a dejar que la duda arraigue; haré lo que haga falta para demostrarle mi valía.

—¿Graham?.

Me doy la vuelta y Eden se queda en la puerta, sorprendida. Me mira a mí y a las rosas.

—¿Qué haces aquí? —Pregunta en voz baja.

Le tiendo el ramo y la miro fijamente. —No sabía si las rosas eran lo tuyo, pero quería traerte algo especial por tu cumpleaños. Aunque, —le lanzo una rápida mirada a los lirios, "puede que haya calculado mal la elección. —Vuelvo a mirarla, dispuesto a aceptar lo que venga.

—De donde son mis padres, los lirios blancos simbolizan la muerte, —dice con una sonrisa en los labios. —Es apropiado, ¿no? Un recuerdo floral de una relación que se fue hace tiempo.

El despistado Charlie nunca decepciona. Una chispa de esperanza parpadea dentro de mí. Este es un gesto de despedida para un compromiso que prácticamente pide un entierro apropiado.

Me recoge las rosas, las huele y sonríe. —Son preciosas, gracias.

Le entrego la caja de trufas de chocolate y su sonrisa se ensancha al aceptarlas.

—Ven conmigo, —le digo con voz firme y llena de expectación mientras le cojo la mano. —Tengo algo que enseñarte.

Este es el momento que estaba esperando. La anticipación inunda mis venas, mientras la conduzco hacia delante, ansioso por revelar la sorpresa que está a punto de cambiarlo todo.

—Oh, —murmura, sus ojos buscan respuestas.

—Es una sorpresa. —La cojo de la mano y la conduzco a la azotea, la expectación prácticamente zumba a nuestro alrededor.

Eden me mira preocupada y se fija en nuestros dedos entrelazados, pero yo niego con la cabeza. —No pasa nada. A menos que no quieras que te coja de la mano.

—Oh, no, —se apresura a responder, —es que nunca lo habíamos hecho y no sabía qué pensar.

Y eso es culpa mía. Me arrepiento de no haberle cogido la mano el primer día que empezó, de no haberle abierto la puerta y de no haberla besado públicamente.

—Quiero que el mundo sepa lo que siento por ti, Eden, —digo con firmeza.

Su frente se levanta con curiosidad. —¿Cómo te sientes?.

Justo cuando la puerta de la azotea se abre, el rugido de las aspas del helicóptero ahoga su pregunta. Jadea, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. —¿Un viaje en helicóptero?.

Mi helicóptero. —He soñado con este momento: llevarte arriba, enseñarte la ciudad desde arriba, el Golden Gate bajo nosotros. ¿Pero la verdadera sorpresa? Eso viene después.

Esto es más que un paseo. Nos lleva a un lugar donde podemos empezar de nuevo y construir algo real.

Sólo espero que su corazón coincida con el mío.

La ayudo a subir al helicóptero y me coloco a su lado mientras despegamos. Mientras sobrevolamos el puente, bañado por las cálidas tonalidades del sol poniente, veo cómo se ilumina el rostro de Eden, sus ojos se abren de par en par de asombro al contemplar el mundo en miniatura que se extiende bajo sus pies. La luz dorada se refleja en los pequeños coches y edificios diseminados a lo largo del puente anaranjado, tiñéndolo todo de un resplandor mágico.

Se vuelve hacia mí, con una emoción contagiosa, señalando con el dedo la escena de abajo,

irradiando alegría con cada uno de sus gestos. Es como si el mundo se detuviera solo para nosotros.

—Esto es mejor que cualquier ventanilla de avión, —murmura, con voz suave y llena de asombro, mientras disfruta de las vistas.

Esta mujer... Dios, la amo feroz y totalmente. Me doy cuenta de algo que he intentado negar durante demasiado tiempo. Ella es todo lo que siempre he necesitado. No puedo entender cómo pensé que podría resistirme a ella.

A medida que nos acercamos a nuestro destino, el helicóptero desciende sobre el helipuerto privado y el zumbido de los rotores se desvanece en el fondo. Salgo primero y le tiendo la mano a Eden.

—Espera, —dice, con la voz entrecortada por el asombro y la incredulidad mientras observa el entorno. —¿Isla Belvedere?

Sonrío, incapaz de resistir la satisfacción de ver su reacción. —La única.

Gira lentamente, empapándose de la belleza que nos rodea. El agua centellea bajo la luz del sol y San Francisco brilla en la distancia como un sueño.

—Parece de otro mundo, —susurra con voz suave, como si hablara más consigo misma que conmigo. Sus grandes ojos rebosan asombro cuando se vuelve hacia mí. —¿Por qué estamos aquí?

Una sonrisa se dibuja en mis labios y le tiendo la mano. —Ven conmigo.

Desliza su mano por la mía y caminamos juntos por un sinuoso sendero natural, con el débil sonido del océano en la distancia. Al doblar una curva, vemos una elegante casa modernista, con sus elegantes paredes acristaladas iluminadas por los tonos dorados del sol poniente.

—Voilà, —digo, haciendo un gesto hacia delante. —Esto es lo que quería enseñarte.

El jadeo de Eden es inmediato, su asombro inconfundible. —Es magnífico, —jadea, sus ojos brillan al recorrer las elegantes líneas y las paredes de cristal. —Esto... esto es una obra maestra de la arquitectura, Graham.

Nos detenemos ante las grandes puertas dobles, y le ofrezco: —¿Quiere una visita?.

Asiente ansiosa mientras abro las puertas. Entra y su expresión es todo lo que esperaba: puro asombro. Da vueltas lentamente por el vestíbulo y su mirada recorre cada detalle.

—¿Este es el proyecto en el que has estado trabajando? —Su voz está llena de incredulidad, como si no pudiera entenderlo.

Me acerco un poco más. —Es más que un proyecto, —le digo. —Es todo lo que he soñado compartir contigo. Feliz cumpleaños, Eden.

Sus ojos brillan con lágrimas no derramadas, con emociones que no necesita expresar. Permanece de pie, en silencio y abrumada por el peso de todo. Sus lágrimas rebosan y por fin se derraman. Doy un paso adelante y tomo sus manos entre las mías.

—Eden, —empiezo. —He pasado tanto tiempo evitando cualquier cosa que se pareciera a una relación romántica, convencido de que no merecía la pena. —Cuando levanto su barbilla para que me mire, —Lo has cambiado todo. Quererte es como respirar, y no hay forma de que pueda esconderme de lo que has despertado en mí. No sólo eres guapa e inteligente; eres una fuerza de la naturaleza: descarada, feroz y totalmente irresistible. He llegado a un punto en el que afrontar los riesgos de amarte es mucho más atractivo que vivir negándolo. Te deseo y no dejaré que nada se interponga en mi camino.

Le suelto la mano, me meto la mano en el bolsillo y saco una cajita de terciopelo. Los ojos de Eden se abren de sorpresa cuando la abro y descubro un impresionante anillo que brilla bajo la suave luz. Me arrodillo.

—Eden Siu Sterling, —declaro, con voz firme e inquebrantable, —¿quieres casarte conmigo, de verdad esta vez?.

Sus ojos rebosan lágrimas de alegría. Le tiendo el anillo y el aire que nos rodea parece eléctrico, suspendido en el tiempo como por arte de magia.

—Sí, —jadea, con la voz temblorosa de felicidad y lágrimas en los ojos. Deslizo el anillo de la eternidad en su dedo y, por un instante, el mundo que nos rodea se desvanece.

—Me casaré contigo otra vez, por amor, Graham Sterling, —añade, con una sonrisa radiante que ilumina todo el espacio.

Me levanto y la estrecho suavemente entre mis brazos, con el corazón henchido de alegría. Su chillido de placer llena el aire, un sonido de pura felicidad, justo antes de que mis labios se encuentren con los suyos en un beso tierno y electrizante.

—Te quiero, Graham, —susurra, sus ojos brillan con una luz que hace que todo lo demás se desvanezca. Es como si el mundo se redujera a nosotros dos.

—Y yo te amo, Eden Sterling, —afirmo con una certeza que me ancla. —Mi amor por ti es inquebrantable y eterno.

En este momento perfecto, Eden me transforma de escéptico en creyente. Juntos, entramos en la eternidad, un testimonio de nuestro viaje, de la falsedad a la eternidad, que empezó como una fachada pero se convirtió en algo innegablemente real.

Esto marca nuestro nuevo comienzo, un nuevo capítulo que por fin decido escribir sin reparos ni vacilaciones.

Muéstranos tu amor

¿Te has desmayado con «La proposición del multimillonario»?
¡Que se oiga!
Deja una reseña en Amazon y difunde el amor.
Muchas gracias por vuestro apoyo.